

Mañana de sol en Día de Difuntos

Ayer el cementerio se llenó de vida

MADRID (Pilar Urbano). Jamás, como ayer, viví un Día de Difuntos en el que el lóbrego y sobrecogedor «requiescat in pace» se trocase con toda naturalidad en un jubilo y esperanzado «¡Alleluya!». Pero así fue. Al amanecer, entre dos luces, alta aún la Luna y apuntando ya el Sol por Oriente, grupos y grupos de gente callejaban, a pie, en autocares o en turismos, hacia el cementerio de la Almudena. Gente mayor. Familias enteras. Y jóvenes, ¡miles, muchos miles de jóvenes! La juventud —lo hemos visto en todos los países de «correrías pontificias» y estamos viéndolo en España— quiere al Papa. Y, además, sabe expresarle sin vergüenza, con graciosa picardía, su cariño. Yo pienso que ese hecho es ya una formidable promesa de renuevos para la Iglesia: son los sarmientillos de la nueva generación que brota, bien arraigados a la cepa de la sede de Pedro. ¡Felicitémonos! ¡Esa gente joven despeja, meridiano, el horizonte!

Una esbelta cruz remataba el alto altar, exornado con un frontal de brocado dorado sobre el que ardían seis velones. También adomado en oro, el dosel con las palabras evangélicas «ego sum resurrectio et vita». Y, al fondo, un repostero en fieltro blanco sobre el que destacaban los tonos azules del escudo papal. A las ocho y cinco minutos, cuando aterrizó el helicóptero que transportaba al Papa, los varios cientos de miles de

personas que se habían concentrado entre las tumbas, los mausoleos y las avenidas de cipreses de la necrópolis madrileña, prorrumpieron, una vez más, en incesantes aplausos, vítores de entusiasmo y estribillos continuos de «Juan Pablo II, te quiere todo el mundo», que es ya como la melodía rítmica que corteja, en saludo y despedida apoteósica, cada encuentro con el Papa en España.

Juan Pablo II ha querido incluir esta misa en la Almudena por continuar una costumbre muy suya y muy polaca. Visita siempre el cementerio de la ciudad donde esté un 2 de noviembre. En Polonia, nación de muertos, a causa de las sucesivas guerras y exterminios que accidentan con duelo su Historia, la celebración de los fieles difuntos se inicia varias jornadas antes, y la afluencia a los cementerios, con flores y velas, es un jubileo piadoso, masivo y sin fin. Juan Pablo II sabe también cómo el español tiene clavado en el hondón de su ser ese «sentimiento trágico de la vida» y esa conciencia cierta de la muerte: ¿En qué país del mundo a los guerreros, legionarios, se les llama «los novios de la muerte?»

«Muchos de vosotros tenéis aquí parientes muy cercanos, acaso los mismos padres de los que habéis recibido la vida. Ellos vuelven en este momento a la memoria de cada uno, emergiendo del pasado, con el deseo de reanudar un diálogo que la muerte interrumpió bruscamente...», decía el Santo Padre en la breve alocución que precedió a la Eucaristía. Para continuar con un trazo de esperanza



consoladora: «Así, en este cementerio de la Almudena se forma una admirable asamblea, en la que los vivos encuentran a sus difuntos y con ellos consolidan los vínculos de una comunión que la muerte no ha podido romper...» Fueron palabras de vida, más que de muerte. De resurrección gloriosa en ciernes, más que de cuerpos destrozados bajo la tierra: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?», apuntaba después, citando el anuncio de los ángeles en la mañana de la Pascua.

Vestía el Papa, para la celebración, una casulla morada, traída del Vaticano, como todas las que ha de usar en su viaje. Le ayudaban doce acólitos, con albas blancas. En las gradas del altar, enmoquetadas en paño verde intenso, lucían varios cestos repletos de dalias, crisantemos, margaritas y gladiolos, amarillos y blancos, los colores pontificios. La palia que cubría el cáliz, confeccionada para esta ocasión, mostraba la imagen de Nuestra Señora de la Almudena, Patrona de Madrid. Durante las lecturas y oraciones de los fieles, cuando se elevaban plegarias por nuestros muertos entrañables, aquellos que sintieron llegar la muerte lentamente en el lecho del dolor, aquellos que sintieron segada su vida de repente, en accidente de tráfico o de tra-

El cementerio olía a Resurrección

bajo, o asesinados durante la guerra o durante la paz violentada por el terrorismo... Juan Pablo, ensimismado en oración, juntas las manos y cerrados los ojos, sin duda evocaba a su madre, Emilia Kawzorowska, que falleció de parto cuando él tenía nueve años; a su hermana, muerta siendo muy niña; a su queridísimo hermano Edmundo, médico..., el adolescente Karol Wojtyła contaba doce años cuando recibió la dolorosa noticia desde Cracovia; a su padre, Karol también, a quien encontró muerto en la cama, solo, una tarde de 1941, al regresar de su trabajo en la cantera... Quizá por su corazón, más que por su mente, cruzó aquel verso suyo de juventud: «Una voz cantaba más allá, en la otra habitación. Y después... fue el silencio.»

En silencio, bajo un cielo levemente gris, la multitud participó en la santa misa. Pero he de decir, con todo, que la ciudad de los muertos se había llenado prodigiosamente de vida. Este Papa, a cada paso, a cada gesto, a cada palabra, va generando vida: alegría y ganas de vivir. Como si la sembrase a espuertas, desde no sé qué graneros de su riqueza interior. Es un Papa muy humano... y muy metido en Dios.

Cantan el pueblo y la Coral de la Virgen de Mirasierra: «Hacia ti, morada santa; hacia ti, tierra de salvación...» Después, durante la Comunión, una canción española que gusta mucho al Papa, en más de una ocasión lo ha comentado: «Pescador de hombres», resuena en el cementerio.

«Señor, me has mirado a los ojos;
sonriendo, has dicho mi nombre.
En la arena he dejado mi barca;
junto a Ti buscaré otro mar...»

Doscientos sacerdotes, protegidos con paraguas blancos y amarillos, se dispersan entre las tumbas con los copones llenos de formas consagradas para distribuir la comunión. Los cardenales y obispos presentes, aunque ya habían celebrado sus misas privadas, participaron plenamente en esta Eucaristía acercándose a comulgar, cosa que yo nunca antes había visto, de manos del Papa.

También yo me acerqué. Permítanme la confidencia, que es muy personal: Desde hace poco tiempo vengo con demasiada frecuencia a la Almudena para enterrar a mi gente querida y familiar. Necesitaba un consuelo. Y tuve... una caricia divina: recibir el Cuerpo de Cristo de las manos del «dolce Cristo in terra». Y volví a ver, cerca, muy cerca de Juan Pablo II, sus ojos intensamente azules de «pescador».

La misa ha terminado. El Papa, de nuevo con su manto rojo, entra en el transparente «papamóvil» para atravesar el cementerio camino del helipuerto inmediato. Redoblan los vítores y las aclamaciones. El Papa bendice a los vivos y a los muertos... Pétalos de flores y papelillos como nieve llueven a su paso. La picardía juvenil se proveyó, con permiso oficial, de tres mil guías telefónicas de hojas blancas y de hojas amarillas que paciente-mente desmenuzó en pedacitos para acompañar los itinerarios de Juan Pablo II. También son jóvenes los que en las noches madrileñas del Papa rondan sus ventanas de la Nunciatura con guitarras y canciones y salmodias repetidas de «juanpablosegundo/asómateunsegundo»... Y no se van de allí hasta que, tras los visillos, ven la figura blanca inconfundible del Pontífice que abre las ventanas y se asoma para dialogar un rato con ellos.